

## La pedagogía ético-política en el pensamiento isocrático

ISAAC PAYÁ MARTÍNEZ\*

**Resumen:** Isócrates representa el ideal pedagógico y cultural de la Grecia clásica en las que las bases axiales son sostenidas en el escepticismo del conocimiento estricto y en una visión dirigida a la opinión justa basada en la oratoria fundante de un compromiso cívico con el gobierno de la ciudad. La función de la retórica no es la de constituir una fuerza irracional sino la de edificar una edición racional dirigida a los hombres, a fin de que alcancen la bondad y la justicia, en beneficio de la polis y del mundo helénico.

**Palabras clave:** Educación, conocimiento, opinión justa, oratoria, lengua, discurso, decadencia, paideia, relativismo, doxa, ideas pedagógico, aristocracia, logos.

**Résumé:** Isocrate représente l'ideal pédagogique et culturelle de la Grèce classique dont les bases axiales sont soutenues au scepticisme sur la stricte connaissance et dans une vision dressée à l'opinion juste basée à l'oratoire qui fonde un compromis civique avec el gouvernement de la cité. La fonction de la rhétorique, ce n'est pas de constituer une force irrationnelle mais d'édifier une éducation rationnelle dirige aux hommes à fin qu'ils soient bons et justes, en benefice de la polis et du monde Hellénique.

**Mots clés:** Éducation, connaissance, opinion juste, oratoire, langue, discours, decadence, paideia, relativisme, doxe, ideal pedagogique, aristocrace, logos.

### 1. Introducción

Desde el 431 a.C. —en verdad el comienzo de la Guerra del Peloponeso— hasta el 31 a.C. —en los comienzos de la época de Augusto— se la conoce como la época de las perturbaciones de la civilización helénica.

Durante el primer cuarto del siglo IV, asumió finalmente la educación griega su formación definitiva. Esto es en gran medida por obra de dos grandes maestros: Platón —437 a.C. 348 a. C.— por un lado, e Isócrates —436 a.C. 338 a.C.— por el otro.

Es esencial la importancia primordial de estas escuelas ya que ellas fueron las que establecieron un programa, un contenido y el ideal de la educación helénica. Isócrates estableció su escuela en el 393, Platón fundó la Academia en el 387.

Podemos señalar que fue Platón quien desarrolló y dio su forma final a la teoría de las ideas como «formas», modelos o ideales, eternos inmutables y totalmente independientes del pensamiento humano. Creía que el conocimiento verdadero es el conocimiento de las ideas como principio inmutable de las cosas y que el conocimiento más elevado es el conocimiento de la idea suprema: la idea del Bien.

---

Fecha de recepción: 2 de junio de 2003. Fecha de aceptación: 25 de junio de 2003.

\* Dirección: C/. Pitin, 15-1º B. 30730 San Javier (Murcia).

Prof-Tutor UNED Derecho Político. Centro Asociado UNED Cartagena.

A sensu contrario, Isócrates sostenía que el «conocimiento», en el sentido estricto que le daba Platón a esa palabra, no era posible: que lo mejor a que puede llegar un hombre es a poseer una «opinión justa». Los hombres tienen que obrar, y no que filosofar, por lo tanto, sobre la base de una «opinión justa», al hombre educado, frente a situaciones concretas, reales, le será suficiente.

El ideal que Isócrates dejó como legado fue particularmente literario; el de Platón fue, en cambio, filosófico. Con su ejemplo, y con su enseñanza, Isócrates contribuyó con mucho a un ideal de cultura personal propia literaria —es decir «oratoria»—.

Pese a no tener el favor de los filósofos y de los eruditos, nadie puede negarle, sin embargo, su verdadero amor y dominio de la lengua, así como el peso de sus enseñanzas en las siguientes generaciones, sin necesidad de llegar a Marco Tulio Cicerón.

Isócrates es un ateniense comprometido con su ciudad y con su época, a la cual dedicó su vida y su obra, que ha llegado hasta nosotros a través de variados discursos. Podemos observar su pensamiento, que ha roto la barrera del tiempo y del espacio, porque los defectos y virtudes de ese mundo en crisis son los defectos y virtudes del ser humano en cualquier época y lugar.

En el aspecto histórico la Atenas del siglo IV a.C. vivía las consecuencias de las Guerras Médicas<sup>1</sup> y de la Guerra del Peloponeso<sup>2</sup>, y estaba sumida en constantes luchas fratricidas por un poder que acabó debilitándola y dejando las puertas abiertas a un nuevo conquistador. Ante tal desolador y crítico panorama Isócrates, que luchaba por la unión de las ciudades griegas, con Atenas a la cabeza, para combatir a los persas —peligro aún latente<sup>3</sup>—, busca en la figura de Filipo II de Macedonia y el liderazgo de su poderío militar la concreción de su anhelo.

Por lo que respecta a la situación interna en Atenas, también fue objeto de su preocupación, ya que el gobierno había caído en manos de demagogos que ignoraban el destino de grandeza que, según Isócrates, la ciudad merecía. Veía una decadencia moral y política<sup>4</sup> que sólo podía superarse volviendo a los antiguos ideales que hicieron de Atenas un ejemplo de cultura y de civismo.

Isócrates no dió la espalda a su época, como sucederá con Platón, sino que trató siempre de responder a ella, buscando salvaguardar lo que identificaba a dicha pólis y a Grecia toda: la cultura que le permitiría imponerse, finalmente, al bárbaro. Tal convicción lo condujo a dirigir la mirada hacia Filipo de Macedonia cuando se dio cuenta de que no existía en su tierra quien pudiera encabezar la empresa.

- 
- 1 Tres guerras que enfrentaron a griegos y persas, entre los años 500 a.C. (los jonios se rebelan contra los avances del persa Darío, cuyo padre Ciro había conquistado buena parte del Oriente y avanzaba sobre el Asia Menor) y 449 a.C. (Pericles de Atenas y Artajerjes I de Persia firman la paz de Calias, por la que los derrotados persas renuncian a sus pretensiones de dominio sobre los griegos y sus territorios).
  - 2 Entre los años 431 y 404 a.C. las ciudades-estado de Grecia, formando alianzas lideradas por las rivales Esparta y Atenas, se enfrentan en fratricidas luchas por el poder, que culminan con la derrota de Atenas en Egos Pótamos.
  - 3 Esparta, que no había logrado mantener su dominio sobre las ciudades griegas, entra nuevamente en conflicto con Persia (Artajerjes II invade la Jonia), en el 399 a.C. Atenas forma alianza con varias ciudades (Argos, Corinto y Tebas) amenazadas por los persas, y aprovechando la coyuntura declara la guerra a Esparta —Guerra de Corinto—, que concluye con la Paz de Antálcidas (386 a.C.): se reconocen a Persia sus conquistas a cambio de una paz perpetua para las ciudades de Grecia (que debían permanecer no confederadas, para evitar su unión y fuerza), y Esparta queda al frente de la Liga del Peloponeso, aunque sin poder ejercer de hecho su hegemonía. Nuevas luchas entre Esparta, Tebas y Atenas dejan la puerta abierta a Artajerjes III de Persia y a Filipo II de Macedonia.
  - 4 Un factor de desorden fue la multiplicación de los cargos y la creación de diversas comisiones, algunas permanentes y otras transitorias. Se acumularon diversas funciones en las mismas personas pero, al mismo tiempo, creció la influencia de un funcionario: el secretario, quien poseía su cargo con carácter permanente frente a otros funcionarios que se renovaban constantemente.

A partir de la situación histórico-cultural descrita, podemos afirmar que en el siglo IV a.C. era necesaria una reconstrucción interior y exterior de Grecia. Por ello la nueva generación, a la que pertenecía Isócrates, tenía ante sí un desafío: nada menos que la recuperación del esplendor griego. Y en esta tarea, una protagonista: la paideia, concebida como educación y cultura.

Ahora bien, no se trataba solamente de reformar el Estado a partir de la formación del individuo, sino que estaba presente la convicción de que el entorno socio-político nutría también al ciudadano, en un proceso de mutua realimentación. Por eso era propio de tal momento el concepto de que, a través de la paideia, el Estado podría salir de la situación en la que se encontraba. Podríamos decir que se trataba, en realidad, de formar a quienes gobernaban al pueblo y, a través de estos líderes, al pueblo mismo. Y esto es lo que propone Isócrates<sup>5</sup>.

De esta forma, nuestro autor fue un personaje que influyó indudablemente en su tiempo, no sólo a través de sus discursos, sino también de los hombres que formó<sup>6</sup>. Actuaba sobre éstos en forma directa, mediante el trato personal, y por medio de sus obras, que eran tomadas como un elemento de trabajo en su escuela, porque constituían un modelo, tanto de forma como de contenido. Para ello debió primero captar el espíritu de su tiempo, y «aunque Isócrates no era, ni mucho menos, el primer ateniense que aparecía como discípulo y campeón de la nueva cultura, es indudable que ésta no adquirió verdadera carta de ciudadanía en Atenas sino bajo la forma que Isócrates le imprimió»<sup>7</sup>.

En tal sentido, permitió que la retórica expresara la problemática contemporánea, algo que los sofistas no hacían, ni les interesaba. Isócrates convierte la retórica en un medio de acción política. No ignoraba que la situación de Atenas no le permitía lograr por sí misma la prosperidad de la Hélade; por eso consideraba que era la hora de promover la unión de los estados griegos a través de un interés cohesionante: «encontrar esta empresa común equivale a salvar a los griegos como nación»<sup>8</sup>.

Este planteamiento no suponía dejar sin solución los problemas internos de corrupción de la democracia ateniense. Antes bien, esta solución era impostergable si quería construirse el futuro de Grecia con solidez y dignidad.

Quiere decir, que la obra de Isócrates abarca tanto la política interior como la exterior, pero enmarcadas en un contexto ético. Esto último es clave desde el punto de vista educativo pero, además, es lo que permite a Isócrates tomar distancia tanto de los sofistas como de Platón. De los primeros, por lo ya dicho: existe en nuestro autor un contenido valioso, adecuado a las circunstancias que le toca vivir, pero no por ello relativista, como era el estilo sofista, sino fundamentalmente realista; de Platón, porque el planteo de este filósofo, aunque éticamente relevante, era utópico.

Filipo muere, pero su hijo, Alejandro Magno, no sólo llega a dominar a los persas, sino que se convierte en el difusor del helenismo; esto demuestra la visión de Isócrates, esa capacidad para ver más allá que los otros, capacidad que pide al gobernante, pero que es una de sus cualidades. Camina con el tiempo, toma del pasado lo mejor, cambiando lo necesario. Ve lo que sucede, pero

5 Isócrates no es el único. De esta época data también la Ciropedia, de Jenofonte, quien toma como modelo la educación espartana, promoviendo una formación de carácter militar y aristocrático.

6 En su Carta cuarta a Filipo. (Isocrate. Discours. 4 vols. Paris: Les Belles Lettres, 1928-1972) vol. II, p. 349, dice que «(...) con haber sido muchos y muy variados quienes han concurrido a mi escuela, célebres todos y de ilustre nombre (...)».

7 Jaeger, W. *Paideia: los ideales de la cultura griega*. 2ª ed. México: Fondo de Cultura Económica, 1978, p. 835 (Libro Cuarto, cap. II).

8 Jaeger, W., *ob. cit.*, Libro Cuarto, cap. II, p. 837

no se cierra, como ocurre con Platón. Éste plantea la existencia de un estado ideal y propone un ciclo de estudios para quien ha de ser su gobernante, el filósofo, y todo ello en un marco que no es el del tiempo que le toca vivir: Platón sigue atado a la ciudad antigua cuando esta estructura, la ciudad-estado, comienza a desmoronarse; y se inmoviliza aún más, al culminar su preocupación en la formación del sabio<sup>9</sup>.

## 2. Paideia isocrática

Su pedagogía subyace en todos sus discursos, se explicita en algunos, pero no alcanza una presentación metodológica mediante la cual podemos tener en concreto en claro, los ciclos y el contenido que impartía en su *paideia*, lo cual ha dado lugar a distintas interpretaciones por parte de los investigadores que analizan su legado en este punto. Es cierto que queda claro la importancia de la educación y el estudio, que es lo que más puede beneficiar a nuestra naturaleza y que las capacidades naturales son determinantes respecto al ejercicio de las virtudes, rechazando Isócrates la postura socrático-platónica acerca de la enseñanza de los valores morales.

Es requisito, por lo tanto, que el discípulo tenga una predisposición natural hacia los hábitos virtuosos, predisposición que podrá incrementar dentro de la esfera familiar primero y en una estrecha relación con el maestro después. Isócrates aconseja a los padres la enseñanza de la obediencia, resaltando que esta enseñanza debe tener un carácter práctico, es decir, demostrando con acciones cómo deben ser los hombres buenos. Cabe señalar la importancia que da a una educación basada en el amor afirmando en *Nicocles* que el mayor y más justo tesoro que se puede dar a los hijos es el afecto.

Según afirma en su *Antídosis*, los ciclos de la enseñanza que impartía implicaban una convivencia maestro-discípulo de alrededor de tres o cuatro años, al cabo de los cuales las despedidas eran siempre tristes y sin reproches. Su dualismo antropológico tiene como correlato en el campo de la educación, apuntar a la destreza de la educación física para el cuerpo y a la filosofía para el alma, entendiendo que ambas materias tienen una correspondencia estrecha para el logro de un cuerpo más útil y un alma más sensata.

Entiende Isócrates que se requiere básicamente, estar bien dotado para la educación, para luego recibir la enseñanza apropiada y dedicar tiempo a la ejercitación de los conocimientos. A la gimnasia del cuerpo y del alma deben sumarse, en la juventud temprana, el aprendizaje de los conocimientos de los antepasados, centrados en la gramática y la literatura, pero que incluyen también la geometría, la astronomía, música e historia. En este último punto, la *paideia* isocrática resulta verdaderamente innovadora, al aconsejar el conocimiento de los hechos del pasado, tratándose, seguramente, de «un reflejo del progreso de la cultura contemporánea, la cual incluía en sus dominios la obra de los historiadores y promovía a Heródoto y Tucídides a la categoría de clásicos». Todo

9 Marrou explica los alcances de la concepción platónica en los aspectos que nos interesa: «(...) su enseñanza tiende a formar un hombre, a lo sumo un pequeño grupo de hombres reunidos en la escuela, integrando una secta cerrada, un islote cultural sano en medio de una sociedad podrida. El Sabio, puesto que el platonismo desemboca ya en una sabiduría de tipo personalista, consagrará su vida a la atención de sus propios asuntos (...). De esta suerte, el pensamiento platónico, movido en un principio por el deseo de restaurar la ética totalitaria de la ciudad antigua, llega, en último análisis, a trascender definitivamente los cuadros de ésta y a lanzar los fundamentos de lo que habrá de quedar como la cultura personal del filósofo clásico». Marrou, H.-L., *Historia de la educación en la Antigüedad*, 3ª ed. Buenos Aires: EUDEBA, 1976, pp. 93-94 (Parte I, cap. VI).

este ciclo de estudios detallado era considerado como introductorio a la filosofía definida como el conocimiento de los procedimientos relativos a los discursos, lo cual constituía el ciclo superior de estudios. «Esencialmente, Isócrates fue un profesor de elocuencia», un arquitecto de la palabra para el cual el hablar con propiedad era: «la mayor prueba de una buena inteligencia, y una palabra sincera, legítima y justa es imagen de un alma buena y fiel».

### 3. Retórica y oratoria en Isócrates

Como ya expresamos, Isócrates funda su pensamiento en una consideración epistemológica: la verdad es inaccesible al hombre. Partiendo de este punto, se sitúa en el terreno de la *doxa*, tal lo expresado en su *Antídosis*:

Debiendo prescindir de la verdad, el hombre puede orientarse por las opiniones de los mejores, de donde deriva la importancia de la disciplina histórica en su *paideia*. Pero lo decisivo para la formación del hombre virtuoso, es la educación retórica:

«...Por nuestra parte, debéis saber que los médicos han encontrado muchos remedios de todo tipo para las enfermedades del cuerpo, pero que para las almas ignorantes y cargadas de deseos no hay otro remedio que el discurso...»<sup>10</sup>

La educación retórica es tan importante para Isócrates, porque considera que lo que distingue al hombre del animal, es la palabra. Es a través de ella que el hombre abandonado la vida salvaje para establecerse en comunidad, fijando leyes; por ella descubrió, luego, las artes; con ella puede refutar a los malvados y educar a los ignorantes, como también examinar lo desconocido. La palabra, por último, configura el espíritu del hombre virtuoso a través de los discursos. Así, por medio de la educación retórica puede el hombre adquirir la capacidad de vivir, capacidad que cada uno debe ir construyendo sobre su propia experiencia, por un ejercicio cotidiano. Esta práctica, requiere como base indispensable, ciertas aptitudes innatas del discípulo:

«Decimos que quienes quieran destacar en la oratoria, en la acción o en otras actividades precisan, en primer lugar, estar bien dotados para aquello que han elegido [...] Pero si alguno [...] me preguntara cuál de estos requisitos es el más eficaz para el aprendizaje de la retórica, le respondería que el requisito de las cualidades naturales es imprescindible y el que más se destaca de todos».

Sobre estas cualidades naturales, el maestro desarrollará la segunda de las condiciones, la tarea educativa, para alcanzar la tercera condición, la práctica del conocimiento. En estas consideraciones se acerca Isócrates a los postulados de los sofistas, estableciendo, según Jaeger, una «relación dentro los tres factores que son la base de toda educación, según la pedagogía de los sofistas: la naturaleza, el estudio y la práctica». Sin embargo, se distancia de aquéllos al resaltar como fundamental la relación mutua entre los que enseñan y los que aprenden, mediante la cual podrán los ciudadanos saber qué hacer ante cada situación, relación que descarta toda enseñanza mecánica basada en los

10 ISÓCRATES: *Discursos*, Madrid, Gredos, 1979, p. 78. Todos los entrecomillados que hagan referencia al pensamiento de Isócrates proceden de este libro y por tal motivo, a partir de aquí, no les pondré nota al pie indicativa.

textos de retórica de amplia circulación, tanto en lo concerniente a la virtud como en lo referente a los discursos políticos.

La filosofía es un arte de vivir, según Isócrates, una capacidad práctica que busca, en cada situación, lo más conveniente, y la educación retórica debe basarse en la naturaleza y experiencias del discípulo, al cual, si bien se le proponen modelos, éstos serán siempre posibles de modificar según las circunstancias, así como el propio Isócrates consideró encarnados sus ideales políticos, a lo largo de su vida, en diferentes modelos, como Dionisio de Siracusa, Arquidamo de Esparta o Filipo de Macedonia, que juzgó aptos según la oportunidad para llevar a cabo aquella empresa fundamental, que fue una constante de su pensamiento político: la lucha panhelénica contra el enemigo exterior, el imperio persa.

Así, el tema del bien de todos los ciudadanos y aún el de todos los griegos, debe ser el central dentro de los discursos que el orador componga. De este modo, el proceso de la retórica hace que, primero, la bondad de la obra se transmita al alma del creador, y entonces, la recta palabra permite reconocer al recto espíritu y lograr la persuasión del auditorio.

Entendemos que con su concepción de la retórica, como arte de persuasión puesta al servicio del bien común, como ejercicio de una conducta virtuosa, como fuerza que se resume en la palabra *logos* en su sentido de opinión razonable; queda notablemente separado Isócrates, de la oratoria de los sofistas.

#### 4. Pedagogía y política

Nos ocuparemos a continuación del ideal pedagógico y cultural de Isócrates, en estrecha relación con su ideal político. Este último abarca tanto la política interna de Atenas, cuanto la política exterior en relación a los persas —los verdaderos enemigos de Atenas para Isócrates—.

Por lo que respecta a la política interna, aspira a una verdadera democracia basada en la equidad y la justicia, donde los funcionarios sean hombres probos y dedicados a la pólis. En política exterior su postura se traduce en una preocupación fundamental: la unidad panhelénica, puesto que los estados griegos se enfrentaban constantemente entre sí y de este modo sólo beneficiaban a los persas. La posición de Isócrates al respecto consiste, como ya dijimos, en unir a los griegos en una tarea común: la lucha contra el bárbaro. En diversos discursos trata este tema, siempre buscando quien pueda aglutinar a los unos y vencer a los otros. En el Panegírico, piensa en Atenas; tiempo después en una carta pide a Arquidamos de Esparta que luche contra el bárbaro; y, finalmente, recurre a Filipo de Macedonia en su discurso A Filipo<sup>11</sup>.

Sin duda alguna su ideal educativo es el orador, quien posee no sólo la técnica adecuada del discurso, sino también, y fundamentalmente, la virtud moral apropiada para que sus costumbres sean acordes a lo expresado en los discursos. La vida virtuosa es la poderosísima fuerza que sustenta al orador, con mayor profundidad que las técnicas más consumadas.

Las enseñanzas de nuestro filósofo no se circunscriben a un método para elaborar o decir discursos, sino que su propuesta es más completa, ya que es necesario formar al educando en las virtudes

11 Es esta cultura lo que debe salvarse para que su espíritu sobreviva a las vicisitudes temporales. Atenas, gracias a su riqueza espiritual, es superior al resto de la humanidad, y sus maestros se han convertido en maestros del mundo. Así se entiende la propuesta educativa de Isócrates: desarrollar la capacidad de los hombres para comprenderse mutuamente, no mediante la acumulación de conocimientos profesionales, técnicos, sino por el cultivo del pensamiento y el lenguaje, es decir, del *logos*. Esto es así porque el *logos* hace del hombre —del ateniense— un ser civilizado.

necesarias para que luego pronuncie un discurso con la debida preparación, que es integral. La formación espiritual y moral constituye la base de la formación retórica<sup>12</sup>.

Indudablemente Isócrates es un hombre de acción política, pero lo es en un sentido peculiar. Su influencia la ejerce a través de la retórica, pero concebida ésta de un modo también propio. Es decir: ni la elocuencia isocrática es lo que en esa época se entendía por tal disciplina, ni él es un político en el sentido convencional de la palabra: «Yo, pues, apruebo todos los discursos que pueden sernos útiles hasta en la cosa más mínima; pero en verdad, juzgo que los más excelentes, más dignos de un rey y más propios de mi condición, son aquellos que aconsejan, ya sobre las costumbres, ya sobre la administración del Estado. Y todavía más: de éstos, [prefiero] aquellos que enseñan a los gobernantes cómo conviene tratar con la muchedumbre y, a los particulares, qué disposición de ánimo deben tener para con los que los gobiernan. Porque veo que es por esto que las ciudades llegan a ser muy felices y poderosas». Isócrates, hacia el siglo IV a. C, estableció en Atenas o en sus suburbios su escuela de retórica, de carácter abierto, a diferencia de la Academia de Platón. Allí el ciclo de estudios se extendía a lo largo de tres o cuatro años, y no era gratuito. Esta escuela estaba dedicada a la formación de hombres políticos y en ella Isócrates se comportaba como un maestro en el cabal sentido de la palabra, dado el seguimiento que hacía de sus discípulos; su relación con ellos se desarrollaba en un ambiente de intimidad, para lo cual ayudaba el reducido número de alumnos, con un máximo de nueve. Esto le permitía ejercer una influencia profunda, a partir del conocimiento que tenía de ellos.

En lo que atañe específicamente a la enseñanza, cabe explicitar aspectos como el objetivo propuesto, los sujetos a los que se educa, el contenido que se brinda y el método que se usa.

a. El objetivo inmediato era para él la formación del hombre; el objetivo mediato, salvar a la Grecia de su tiempo a través de lo que constituye su identidad: la cultura.

b. El sujeto de la educación: el gobernante (*Nicoles, A Nicoles, Evágoras*); y los hombres cultos, como los profesores de elocuencia; el pueblo mismo (de dos maneras: aludiendo a situaciones concretas que le incumben —como sucede en *Contra Eutino, Contra Calímaco, Contra Loquites, Eginético, Trapecítico*, por ejemplo— y además, e indirectamente, a través de la formación del gobernante).

c. Los contenidos de la educación: la elocuencia, es decir, el arte de hablar bien (importante por la dimensión que Isócrates otorgaba a la palabra, al *Logos*).

d. el método era novedoso (el mismo Isócrates se coloca como ejemplo a sus discípulos) por una parte, y tradicional por otra, en tanto los medios utilizados son la ejercitación, el ejemplo, la imitación de los modelos.

e. Pero al principio y al término de toda consideración en torno a la educación se halla, precisamente, el tema del fin de la educación.

En conclusión, lo que Isócrates propone como fin de la educación es el hombre virtuoso.

12 Cuando Cicerón hace referencia a las cualidades morales del orador dice que «debemos imaginármolo en nuestro discurso como exento de todos los vicios y adornado con todas las cualidades», *De Oratore*. L. I, XXVI, 118.

## 5. Crítica a la educación contemporánea. La paideia isocrática y la ciudadanía

Especialmente en *Contra los Sofistas*, escrito al abrir su escuela en Atenas, alrededor del 393 a.C., dirige su crítica a la educación que éstos impartían, puntualizada en la falta de principios éticos y en la enseñanza de la elocuencia política a través de las reglas de los libros de retórica. El *Argumento* de un Gramático Anónimo que nos introduce en el discurso mencionado, resulta interesante en su aclaración de las tres acepciones del término «sofista».

La crítica moral de Isócrates se centra, por una parte, en las promesas de estos maestros, que resultan imposibles de cumplir. En efecto, publicitan su enseñanza de desmedidas pretensiones, por una pequeña ganancia, lo cual revela un premeditado engaño, exigiendo, igualmente, a personas como fiadores para asegurarse su cobro. De estas promesas engañosas, critica además, que relacionen la educación en forma directa con la felicidad y la virtud individual, sin preocuparse por la felicidad y la virtud de la ciudad.

La crítica de la educación política que imparten quienes se llaman a sí mismos maestros de la elocuencia, que realiza Isócrates, resulta más contundente que la anterior, no escatimando gruesos calificativos como «estúpidos» para quienes «aportan una técnica fija como ejemplo de una actividad creadora».

Maestro de sus conciudadanos, Isócrates confecciona un cuadro histórico de la grandeza de Atenas en la que confluyen y se enriquecen diversas manifestaciones culturales, que luego son transmitidas al resto de los hombres; Atenas es un foco de cultura y la paideia es factor de cohesión: «Así, ésta es la señal más confiable de la educación de cada uno de nosotros: que los que saben usar bien de la palabra, no sólo son poderosos en su país, sino que también son honrados en las demás ciudades. Tanto nuestra ciudad ha aventajado en sabiduría y elocuencia a los demás hombres, que sus alumnos sirven de maestros de otros, y el nombre de Griegos no se usa ya para significar una raza [o una nación], sino que parece denotar el pensamiento, y más se llama Griegos a los que participan de nuestra educación, que a los que tienen el mismo origen que nosotros».

La trascendencia cultural de Atenas le permite, primero, erigirse en cabeza de los griegos y, luego, nutre su idea de expansión, cuya concreción se producirá a través del imperio de Alejandro, en el que subyace el espíritu del helenismo.

En un discurso posterior, *Sobre la Paz*, exhorta a los atenienses a que abandonen pretensiones ambiciosas y se persuadan de que sólo con la justicia florecen los estados. A medida que el tiempo transcurre, la situación de Atenas se modifica y ello provoca la renuncia de Isócrates a la idea del predominio de aquella ciudad sobre los otros estados griegos. Los atenienses viven inmersos en pleitos de mayor o menor cuantía, habituados a la disputa por todo —a veces con pretensiones de intelectualidad—; el lujo y el desmedido afán de riquezas y de fama a cualquier precio conviven con la miseria y con la injusticia, y el individualismo va ganando terreno rápidamente.

La ambición de poder corrompe las costumbres, corrompe a los gobernantes y a los ciudadanos, por eso es necesario cambiar las ideas y los sentimientos de los atenienses en dicha cuestión: el cambio político está subordinado a un cambio de actitud en el plano ético.

## 6. Paideia y gobierno

Dentro de la esfera ética, postula la necesidad de que cada hombre pueda ejercer su propio gobierno, y así, cuando aconseja a Nicocles acerca de cómo gobernar, señala como lo más propio de un rey el no ser esclavo de ningún placer, sino dominar las pasiones más que a los ciudadanos. A



lo largo de todos sus discursos resalta en forma permanente el valor de la justicia y de la prudencia, apelando a que su ejercicio asegura el control de la propia conducta y la equidad en las relaciones sociales. Ejemplifica con su propio autocontrol al referirse en *Nicocles*, en clara alusión al círculo de Platón, que si bien ha observado a quienes son dueños de sí mismos en algunos asuntos, resulta que, en las pasiones que suscitan los muchachos y las mujeres, son vencidos aun los mejores, por lo cual él se ha mantenido firme en estas cosas, para distinguirse no sólo del pueblo, sino de aquellos a que se enorgullecen con la virtud.

Continuando con sus consejos a Nicocles, pasa al campo político y establece como requisitos del orden social: las leyes, la libertad de expresión y el volver la mirada sobre el legado de los antiguos poetas. Así, las leyes deben ser justas y concordantes, de rápida aplicación para evitar las largas disputas entre los ciudadanos. La libertad de expresión y el ejercicio de la justicia entiende Isócrates que se revela en la atención y cuidado de todos los ciudadanos, ya que está probado que cualquiera sea la clase de gobierno en el poder, dura más tiempo aquella que cuida mejor al pueblo.

En cuanto al discurso *A Nicocles*, Isócrates se propone entregar al gobernante un obsequio: «apuntalar» la tarea de gobierno del monarca mediante sus consejos. El buen gobernante procurará engrandecer a su polis, trabajará para ello, y su punto de apoyo será su paideia, donde Isócrates subraya siempre el aspecto ético.

De igual forma, considera Isócrates de gran importancia el trato que el gobernante establezca con los otros hombres. Le aconseja rodearse de los más sabios, aunque ello lo obligue a recurrir a quienes no forman parte de su entorno.

¿A quiénes considera sabios Isócrates? Lo dice explícitamente: «Ten por sabios, no a los que disputan minuciosamente sobre cuestiones pequeñas, sino a los que hablan con acierto de los grandes temas; no a los que prometen la felicidad a los demás, viviendo ellos en la mayor miseria, sino a los que hablan moderadamente de sí mismos, y pueden tomar parte en los asuntos públicos entre los hombres, y no se alteran en las vicisitudes de la vida, sino que saben llevar con dignidad y mesura tanto la buena como la mala fortuna».

Para Isócrates, toda la educación del monarca, su paideia, conduce al dominio de sí mismo. Isócrates insiste sobre esta idea —en la que resuenan las enseñanzas de Sócrates— no sólo por lo que implica para la propia persona del regente, sino para todos los ciudadanos, quienes, como ya dijimos, encuentran en su guía una suerte de espejo donde mirarse cada día: «Sé señor de ti mismo no menos que de los demás, y considera que lo más digno de un rey es no ser esclavo de ningún deleite, y gobernar sus deseos más que a sus súbditos».

La preocupación ética también existe en el mismo monarca respecto de sus súbditos, cuando Nicocles se dirige a ellos: «Absteneos de lo ajeno, a fin de poseer vuestros propios bienes con mayor seguridad (...). No pongáis mayor cuidado en ser ricos que en ser tenidos por hombres honrados (...). Procurad que vuestra actuación pública no sea astuta u oculta, sino tan sencilla y tan clara, que ninguno, aun queriendo, pueda fácilmente calumniaros (...). Inclinad a los jóvenes a la virtud, no sólo exhortándolos, sino haciéndoles ver en las acciones cómo deben ser las de los hombres de bien (...). Lo que os irrita que otros os hagan, no lo hagáis a los demás. Lo que reprobáis con las palabras, no lo practiquéis con vuestros actos (...). No sólo elogiéis a los buenos; imitadlos también (...).».

En resumen, podemos señalar que Isócrates se manifiesta partidario de la verdadera aristocracia, esa forma de gobierno que convoca a los mejores, identificando con este término a los hombres virtuosos.

## 7. Conclusiones

Parecería que se hubiera clausurado el tiempo de la *paideía* isocrática. Sin embargo su motivo fue sensato y su existencia también.

Para Isócrates la palabra era un don divino: el arte de la palabra no era un puro ejercicio formal; al contrario era una técnica que significaba educación y el progreso de la humanidad. Es más, Isócrates puso su mayor preocupación en el perfeccionamiento de su estilo de elocución, más que en el estudio de su contenido. Llevó al máximo desarrollo su técnica de la simetría y la antítesis que había heredado de su maestro Gorgias. Lejos de él, la palabra es productora de *frónesis*, de sabiduría. Por lo tanto, la función de la retórica no es la de constituir una fuerza irracional, en cambio constituye un método de educación racional, dirigido a que los hombres sean buenos y justos, *kaloi kagathoi kai frónimoi*.

Isócrates consideraba que era la retórica y no la filosofía la que podía plasmar la manera política y ética de su época.

La educación isocrática se basa en la primacía de las virtudes de la palabra, logos, que descansan sobre una vida moralmente virtuosa. El ideal educativo del orador es, por lo tanto, el ideal del bien decir fundado en el bien saber y, sobre todo, en el bien vivir.

Pero no se trata de un ideal puramente individual, técnico o especializado, sino también político. Toda educación que pretenda ser más que una educación técnica tiene que ser una formación política (para la polis).

La *paideia* isocrática beneficia al ciudadano, a la ciudad y al mundo helénico en su conjunto, porque la educación y la cultura son los únicos medios de que se dispone para lograr el ideal propiciado por Isócrates que no es otro que potenciación de la personalidad griega en el mundo antiguo.

## Bibliografía

- Aristóteles: *La Retórica*, Madrid, Gredos, 1990.  
 Cloche, P.: *Isocrate et son temp*, París, Belle Letres, 1963.  
 Filóstrato: *Vidas de los sofistas*, Madrid, Gredos, 1982.  
 Finley, M.I.: *Usos y abusos de la historia*, Barcelona, Crítica, 1977.  
 Gómez Robledo, A.: *Platón, los seis grandes temas de su filosofía*, México, FCE, 1993, tercera reimpresión.  
 Isócrates: *Discursos*, Madrid, Gredos, 1979, introd., traducción y notas de J. M. Guzmán Hermida.  
 Jaeger, W.: *Paideia, los ideales de la cultura griega*, México, F.C.E., 1957, traducción J. Xirau y W. Roces.  
 Mathieu, G.: *Les idées politiques d'Isocrate*, Paris, Belle Letres, 1966.  
 Raymond, J.F.: «Isocrate et le langage de la culture» en *Cahiers de Philosophie Ancienne*, N°5, *Philosophie du Langage et Grammaire dans L'antiquité*, Bruxelles, Ousía, 1986.  
 Reyes, A.: *La crítica en la edad ateniense, La antigua retórica*, México, FCE, 1961, tomo XIII de sus *Obras Completas*.  
 Stenzel, J.: *Platone educadore*, Roma, Editori Laterza, 1974.  
 Usener, S.: *Isokrates, Plato und Ihr Publikum*, Tübinge, Gunter Nan Verlag, 1994.